

[www.elboomeran.com/](http://www.elboomeran.com/)

**Diamela Eltit**  
**SUMAR**

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

www.elboomeran.com/

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2019  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Grafime

© Diamela Eltit, 2019  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-81-6  
DEPÓSITO LEGAL: CC-34-2019  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Agradecimientos en los tiempos de este libro

A EUGENIA PRADO

A LAURA SCARABELLI

Santiago, 15 de octubre de 1973

Santiago Villarroel Cepeda, casado, chileno, radicado en El Cobre, expone y solicita al Jefe de la Guarnición Militar, Segunda División del Ejército, con el más profundo dolor de padre de Ofelia Rebeca Villarroel Latín, que fue arrestada en la industria Sumar el día 20 del mes próximo pasado y conducida al Estadio Nacional, sin saber más de ella hasta el 5 del presente, pese a las incontables búsquedas y averiguaciones, al comprobar la muerte de mi hija y lo que es peor, la sepultación de ella en esa misma fecha, ignorando hasta hoy los motivos de tan drástica medida. Fue además sepultada como la más vulgar indigente, bajo el protocolo 2843, Sepultura N° 2719 en el patio N° 29 en un cajón con otra persona del sexo masculino.

Como chileno creo que me asiste el mínimo derecho de reclamar los restos de ella, lo que solicito en este momento con el dolor que Ud. comprenderá.

Mi humilde petición consiste en que Ud. me conceda la autorización en tal sentido, para ser presentada al Servicio Nacional de Salud y proceder a separarlos y sepultarla en un nicho del mismo cementerio hasta que sea posible trasladarla a mi sepultura de familia en el Cementerio de Nogales.

Con todo el respeto que Ud. me merece y con la eterna gratitud quedo a la espera de su comprensible, favorable y rápida respuesta.

*Santiago Villarroel Cepeda*

(LEÓNIDAS MORALES, *Cartas de Petición. Chile 1973-1989*)

No somos piadosas. Mi tocaya se afirma los riñones con las manos. Se me van a caer, dice, y después se ríe. Me imagino la fortaleza inamovible de sus riñones, el par que tiene. Existe una nube que se expande agobiada por la omnipotencia de su captura. Parece invisible aunque porta una materialidad abrumadora. Una nube inubicable para nosotros. Está radicada arriba o abajo o entre los intersticios de un subterráneo o en la síntesis proteica de una comida espacial.

La nube es una cifra inmensa (aun en el paroxismo de su parquedad) que se apodera de la suma de nuestros movimientos. Es ávida, provista de una elasticidad envidiable. Un espacio inclusivo que contiene una flota de robots de última generación y el ocaso fílmico de un astronauta.

El cielo, eso ya lo sabemos todos, se ha convertido en una simple fachada para mostrar su representación más benigna (dotada de una ingenuidad abismal) tras la que se refugian los nuevos satélites

condenados a la monotonía de su trabajo y al desgaste que ocasionan los espionajes. Son simples recolectores de la información automática para la que han sido investidos y su tiempo útil tiene una fecha de término ya marcada de antemano.

Los edificios ofrecen a un precio considerable la parte de la altura que les pertenece. El espacio inmediatamente superior ya está disponible a un precio elevado en el mercado, debido a un nuevo decreto edilicio. Los aviones van más alto y más rápido ante los riesgos de un alza inminente en los impuestos, debido a la licitación de nuevas aperturas en las concesiones celestes que van a diezmar las arcas de las compañías.

Mi tocaya, sentada en la cuneta, ahora se aprieta las sienes. Se me va a reventar, dice, la cabeza, pero ya vamos a alcanzar la moneda. Uno, dos, tres, meses, ya no sé cuánto nos falta para completar los doce mil quinientos kilómetros que acordamos en la asamblea y así culminar nuestra marcha en los trescientos setenta días exactos, me dice. Imagínate, dice, que ni siquiera me acuerdo en qué día estamos, pero yo ahora necesito descansar un rato para que no me explote, dice, este cerebro que me asfixia.

Miro su cara y confirmo en su expresión descompuesta el malestar que la domina. Las cejas erizadas y una sutil mancha plateada en el borde superior de los ojos la delatan. Le ayudo a sentarse en la cuneta sin el menor aspaviento para no

desencadenar ante los demás ni compasión ni alarma ni, menos, signo alguno de rendición. Solo el justo descanso que requiere la tarea incesante de marchar para intentar mover y hasta remover la arquitectura rígida de la moneda. Me siento a su lado porque yo también necesito una breve pausa, un legítimo suspenso que me permita acceder parcialmente a la parte confortable, aunque esquivada, de lo humano. Después la dejo sola para que se reponga y recupere el brillo extraño que tiene en las mejillas. Ese matiz apabullante que la vuelve indispensable en el mundo.

Me levanto. Mi tocaya se queda sentada en la cuneta presionando sus sienes con las manos. Abatida, perseverando en su dolor. A menudo me pregunto si sus malestares no se deben a la excesiva acumulación de pesares y al silencio que mantiene ante las oscuras emociones que la envuelven. Pienso que su cerebro y sus dos riñones que tiene se plegaron a la desazón de su ánimo para profundizar así las fibras más rencorosas de su cuerpo.

Estoy segura de que ella experimenta una forma de caos silencioso pero voraz que le atravesó sus órganos, tal como lo demostraron los estudios más verídicos que fueron iniciados por Abu Zayd Ahmed al-Balkhi, un médico persa de la primera antigüedad. Él fue quien aceleró su propio pensamiento cuando realizó un análisis inesperado e integrador que resultó coincidente con los escritos de Haly Abbas, muy conocido por su nombre

sintético, porque el real y el más auténtico (escamoteado por una vocación a la simplificación) fue Alí ibn al-Abbas al-Majusi. Los dos médicos, en fechas cercanas, llegaron a elaborar —usando el lenguaje más convincente de su tiempo— la existencia de una relación incontrolable del todo con cada una de sus partes.

Ya se lo dije a mi tocaya. Le informé de manera detallada acerca de esos estudios que impulsaban a disipar los dolores al permitir el flujo de los malestares generales de una manera más armónica. Lo hice mientras transcurría uno de sus días demasiado quejosos. Le detallé esos aportes al bienestar humano para que pudiera incrementar su perspicacia e incidir con una cierta determinación en el buen curso de su salud. Pero ella se mostró desdeñosa conmigo, ligeramente iracunda aunque contenida, como acostumbra. Me miró (con una molestia disimulada de forma magistral) y me contestó del modo incisivo y veloz que la caracteriza: «Pa qué me hablai estas tonteras, no veís que me duelen la cabeza, los riñones y los pies, ¿acaso creís que con los persas se me van a quitar?». Tenía razón. Se sentía mal. Se notaba a simple vista. Cualquiera podía percibirlo.

Pero ahora necesito un espacio que me pertenezca, un hueco mental para refugiarme en mí misma mientras camino. El tiempo está disuelto y circula en mi interior. Me parece que hace mil noches ya que soñé con un gato luminoso durmiendo sobre el

suelo de una casa que yo no conocía. Dos mil noches que soñé con una serie de hombres sentados en los peldaños de sus puertas, estaban tranquilos, como si el tiempo les perteneciera. Soñé, a lo largo de unas horas que no puedo precisar, con una mujer isleña mirando el mar a través de un catalejo de bronce labrado. Ella, la isleña, observaba las aguas desde el techo de su cabaña de madera mientras sonreía ante el retorno inesperado de un naufrago que sangraba copiosamente entre sus harapos.

Soñé, el día de mi enfermedad más peligrosa (un tipo de asma corrosivo que me ataca de manera intermitente), con una agotadora multitud de imágenes humanas vertiginosas que se movían en un tránsito caótico aunque terminaban en una prodigiosa forma concéntrica. Era una muchedumbre formada no solo por mis próximos —que aparecían de manera infinita (multiplicados según la forma de un caleidoscopio)—, sino también por personas que apenas conocía. Decían algo parecido a una sílaba, porque nada era demasiado audible o confiable en medio de esa proyección sorprendente. Desperté una y otra vez. Cada imagen seguía circulando y provocaba la agitación en mi memoria. Necesitaba, yo lo sabía bien, pensar en la moneda, en su urgencia, pero volvía a cerrar los ojos para convertirme en una frenética máquina de sueños que parecían contener un futuro que yo nunca podría comprender.